

ÍNDICE

Presentación	9
I. El libro en la Antigüedad	13
Las tablillas de Mesopotamia	15
El papiro egipcio	18
El libro en Grecia	25
El libro en Roma	32
II. El libro manuscrito de la Edad Media	39
Los materiales: el pergamino y el papel	41
El producto: el códice y su constitución	44
Composición material del manuscrito	46
El <i>scriptorium</i> y la producción del libro manuscrito	51
El copista	57
La pintura y el libro	63
Las bibliotecas medievales	74
III. El libro en tiempos de la imprenta manual	85
La imprenta manual	87
La imprenta al servicio de las nuevas ideas	90
Composición del libro en el taller tipográfico	94
El libro impreso	99
La imprenta en España	104
Libreros e impresores	109
Disposiciones legales sobre el libro	115
Bibliotecas	120

IV. El libro en la época moderna.....	125
La imprenta mecánica y la Revolución Industrial	127
La linotipia, la litografía, el offset, la fotocomposición.....	130
Producción y difusión del libro.....	135
Impresores, editores y libreros	144
Bibliotecas.....	152
El libro electrónico y la informática.....	154
Bibliografía	163
Glosario	171

El libro nació con la escritura y es el primer testimonio del pensamiento del género humano, plasmado en signos inteligibles con el fin de comunicarlo a otros. El libro moderno, por tanto, no es sino el resultado de una evolución iniciada hace tres mil quinientos años con la aparición de los signos de escritura y unos mil años antes de la invención de la imprenta. Esa evolución se ha producido en función de tres características que siempre ha mantenido el libro como esenciales: un soporte sobre el que se vierte el texto, la posibilidad de que ese texto sea reproducido y la de que se transmita y difunda más allá de su creador. Esas tres condiciones han marcado toda la evolución del libro desde las tablillas mesopotámicas o la inmaterialidad electrónica. El libro siempre ha necesitado un soporte que le diera existencia y visibilidad, siempre ha querido reproducirse en copias de muy distinta naturaleza y ha buscado la transitividad, la propagación e incluso el mercado y la compra-venta.

Las tablillas de Mesopotamia

Los materiales usados para la escritura en el mundo antiguo fueron muy diversos. El primero fue la piedra, con las grabaciones rupestres y los llamados *petroglifos*, dibujos simbólicos sobre la superficie de las rocas, que datan del Paleolítico y del Neolítico, pero extendidas por las sociedades poco avanzadas de casi todo el mundo. Son representaciones de símbolos, pero todavía alejadas de la escritura propiamente dicha.

La forma más antigua de libro conocida en el mundo mediterráneo son las tablillas de arcilla, utilizadas en Mesopotamia en el tercer milenio a. C. por los sumerios. En ellas plasmaron la escritura como medio de comunicarse con los demás. En un principio, la comunicación humana se serviría de formas más figurativas, como podía ser el *pictograma*, signo icónico que venía a representar de manera un tanto realista y con-

creta una figura o un objeto, o era también el *ideograma*, signo que venía a representar un concepto más global y de manera más esquemática.



En las tablillas mesopotámicas se grabaron también, en un primer momento de la escritura, pictogramas e ideogramas para representar conceptos y objetos. Pero pronto pasó a utilizarse la *escritura cuneiforme*, que era ya una escritura fonética, con signos de trazos triangulares que representaban sonidos y no ideas.

Hubo también tablillas hechas de otros materiales, como el metal o la madera, que tendrían un largo uso a lo largo de la historia, pero el más utilizado fue el barro de arcilla humedecido sobre el que se labraban aquellos signos.

La escritura cuneiforme es un sistema de escritura consistente en incisiones cortas de forma piramidal, en cuña, realizadas con una caña puntiaguda. Los textos de las tablillas en que se empleaba venían a ser escritos breves, sobre asuntos organizativos de la vida en común, normalmente administrativos o económicos, aunque también se ocupaban de temas religiosos, jurídicos y literarios. Estos últimos celebraban mitos o leyendas épicas. Entre ellos, el

más conocido es el *Poema de Gilgamesh*, narración en verso sobre la vida y peripecias de este legendario gobernante de Uruk y su búsqueda de la inmortalidad, tras conocer la aflicción por la muerte de su amigo Enkidu. La versión más completa del poema está recogida en doce tabletas que se hallaban en la biblioteca del rey asirio Asurbanipal.



Tablilla cuneiforme

Colecciones de estas tablillas configuraron las primeras bibliotecas de aquella civilización, como la de los reyes de Ebla, en Siria, en el tercer mile-

nio a. C., que contenía más de veinte mil tablillas, descubiertas en 1974. Del s. VII a. C. es la biblioteca del rey asirio Asurbanipal, en Nínive, que contenía más de treinta mil tabletas, a partir de las cuales se pudo estudiar e interpretar la escritura cuneiforme.

Asurbanipal fue un rey ilustrado, que mostró gran interés por el saber en su época y buscó y reunió la mayor colección de tabletas escritas, unas veces requisadas por sus emisarios por todo el imperio y otras copiadas por sus escribanos. Los temas son muy diversos, abundan los textos médicos y mágicos, los astronómicos y astrológicos, sin que falten los religiosos y literarios, como el citado *Poema de Gilgamesh*. La biblioteca respondía a un orden temático en la colocación de las tablillas, por lo que puede decirse que fue la primera en guardar un orden en la catalogación y custodia de los libros. Otra innovación fue la del colofón de los libros. Todas las tablillas llevaban al final del texto un colofón que servía para identificar las piezas, su catalogación y localización. En él se hacía constar el título de la obra y, si esta estaba constituida por varias tabletas, al final de cada una, a manera de reclamo, se copiaba el comienzo de la siguiente.

Documento importante de la época sumeria es el *Código de Hammurabi*, grabado en una estela de diorita, material más noble y resistente, reservado para los documentos e inscripciones reales. Es el más antiguo texto jurídico conservado, en el que se recogen las leyes que el rey Hammurabi recibe del dios Shamash para el buen gobierno de sus súbditos. Es una estela de algo más de dos metros de altura. En la parte superior está representado el rey ante el dios Shamash y debajo, en escritura cuneiforme, aparecen transcritas las leyes.



Código de Hammurabi
(Museo del Louvre).

El papiro egipcio

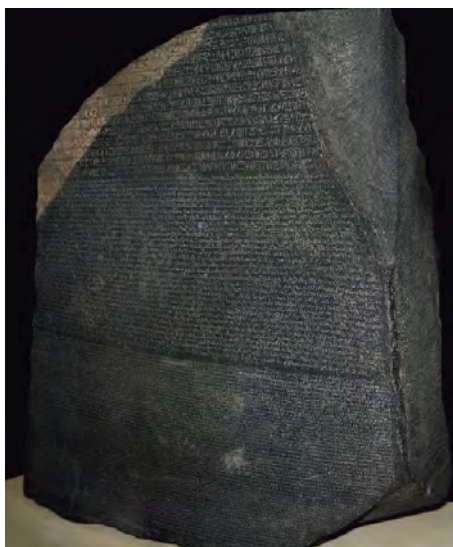
La cultura egipcia se desarrolló durante un largo período de más de tres mil años, propiamente desde el Neolítico (hacia 3150 a. C.) hasta la dominación romana. Conoció tres períodos históricos importantes: el Imperio Antiguo (h. 2700-2200 a. C.), de desarrollo artístico y construcción de las grandes pirámides; el Imperio Medio (2050-1800), de prosperidad económica; y el Imperio Nuevo (h. 1570-1085 a. C.), de gran esplendor y expansión exterior, bajo el dominio de los faraones de la XVIII dinastía.



Poema de Gilgamesh (British Museum).

La escritura egipcia es la escritura *jeroglífica*, que data ya de finales del cuarto milenio. Está constituida por una serie de signos más o menos figurativos que se basan en la representación ideográfica y no en el principio fonético de reproducción de sonidos. Esa escritura no pudo ser interpretada hasta el hallazgo de la *Piedra de Rosetta*, una estela con el mismo texto grabado en tres escrituras diferentes, que fue descifrada por el egiptólogo François Champollion en 1822. Durante el Impe-

rio Antiguo los textos eran más bien instrumentales y utilitarios, cartas, cuentas, inscripciones funerarias, pequeños poemas. En el Imperio Medio es propiamente cuando se desarrolló la escritura y la literatura, consecuencia de una mayor alfabetización y de la formación de una clase más culta, como fue la de los escribas. La escritura jeroglífica desarrolló una modalidad más funcional y práctica en la llamada escritura *hierática*, que simplificaba la jeroglífica y se ejecutaba con mayor rapidez, muy conveniente para textos administrativos y religiosos.



Piedra de Rosetta
(The British Museum).



Cyperus papyrus.

El papiro fue el soporte y material utilizado por la escritura egipcia. Se elaboraba de una planta de agua, *Cyperus papyrus*, que crecía en abundancia en las aguas del Nilo, particularmente en el Delta, aunque también se conocía en otras partes del mundo antiguo. Teofrasto y, con más detalle, Plinio en su *Naturalis Historia*, la describen como una planta que crece de 3 a 6 metros de alto y un tallo tan grueso como el brazo de una persona. Aunque se utilizaba también para fabricar otros objetos, como cortinas, calzado, cuerdas, velas, botes, el uso principal que se le dio fue el de soporte para la escritura. Del tronco de la planta, se extraían con una fina aguja unas largas tiras que se colocaban en paralelo unas jun-

to a otras en dos capas, unas dispuestas horizontalmente y otras verticalmente, que se humedecían y pegaban. Se conseguía así una materia compacta que se prensaba, se satinaba con cola y se dejaba secar al sol. Luego se pulía con piedra pómez y unos mazos de marfil o concha. La lámina resultante era flexible y resistente y se podía enrollar con mucha facilidad. Las capas horizontales quedaban por la parte interior o recto y las capas verticales por el exterior o verso.

Nace, pues, el papiro en las lagunas de Egipto o aguas estantías del Nilo, donde, cuando sale de madre, se estañan y no son más hondas que dos cobdos. Tiene la raíz tuerta, de grueso de un brazo y lados de tres esquinas. Y no es de más altura que de diez cobdos, yendo siempre hacia lo alto adelgazándose, incluyendo una cumbre a manera de tirso o vástago, sin simiente alguna u otro provecho que el de la flor, de que hacen guirnalda a los dioses. Usan los de la tierra por madera de sus raíces, así para la lumbré así como para hacer diversas suertes de vasos. Házense del mismo navíos y de su tela, que llaman libro, velas, cestas, vestiduras, tapices y maromas. Cómenle crudo y cozido, pero chupado solamente el zumo. Hállase ansimismo en Siria, en el lago donde nace el cálamo adorado (...) Poco ha que, naciendo en Babilonia acerca de Euphrates, se cayó en la cuenta que podría servir de carta, y con todo esto quieren más los parthos texer las letras en sus paños y vestiduras. Hazen de él, pues, cartas, dividiéndole con punzones en unas muy delgadas y no menos anchas telas (...) Es lo principal lo de en medio del junco, y tras esto lo a ello más cercano como se va cortando [en láminas de distinta calidad]. Téxense pues todas en tablas mojadas con agua del Nilo, sirviendo de engrudo su turbio liquor. Porque pegan lo primero las telas estendidas sobre la tabla de todo el largo del junco, cercenadas las extremidades de ambas partes, y después atraviesan otras y ansía se acaba este enrexado. Apresan luego las hojas, sécanlas al sol y júntanlas entre sí (...) Bruñenlas con algún colmillo o concha, pero despíntanse así, breveente, las letras. Embeben menos tinta las bruñidas y replandecen más. Despégase muchas veces el engrudo que se dio con poco cuidado (...) Házese el engrudo vulgar de la flor de la harina, echada agua hirviendo con unas gotas de vinagre, porque las juntas que se hacen con goma de los carpinteros son quebradizas (...) Bátese después

con el martillo la carta y recórrese con engrudo, y tórnanla a desarrugar y estender con el martillo.

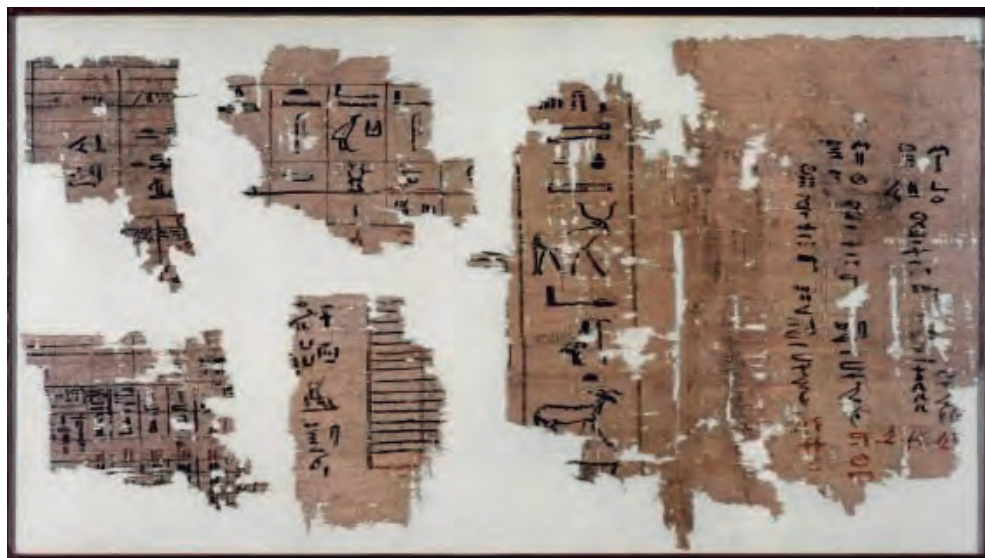
(Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural*, XIII, 11-12, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández, México, UNAM, 1976, reprod., Madrid, Visor-UNED, 1998)

Para su comercio y exportación, se disponía en rollos de unas veinte láminas. El enrollado era siempre horizontal. Una sola lámina podía medir entre 16 y 42 cm de alto y podía alcanzar los 40 cm de ancho. Si el texto necesitaba mayor extensión, se iban pegando láminas unas a continuación de otras sin que apenas se notaran las junturas. Se enrollaban en torno a un eje vertical, un palo de madera, de hueso o de marfil, de modo que las junturas presionaran una contra otra y no se despegaran. El texto empezaba siempre por la parte superior derecha y seguía de derecha a izquierda. Hasta la dinastía XII (2000 a. C.) la escritura era vertical, en columnas de un solo sentido; después se pasó a escribir de derecha a izquierda en líneas horizontales muy estrechas formando columnas de variable número de líneas. Se utilizaba tinta de dos colores, el negro y el rojo, generalmente el rojo servía para los textos y datos que había que destacar. La tinta se fabricaba mezclando cola y carbón para el negro, y cola y ocre para el rojo.

La escritura corría paralela a las fibras horizontales que así facilitaban el trazado del pincel o del cálamo. El texto se dividía en columnas sin hacer cuenta de las junturas y sin ninguna previa disposición del espacio. Las columnas se componían de un número variable de líneas. Para leer se utilizaban las dos manos, la izquierda prendía desde el comienzo del escrito y lo iba enrollando conforme avanzaba la lectura, la derecha sostenía el resto del rollo y lo iba soltando pausadamente. Cuando acababa la lectura y se llegaba al final, había que enrollarlo de nuevo en sentido inverso.

El papiro como soporte de escritura recogió pronto documentos comerciales, pero enseguida también textos religiosos, científicos y literarios. El papiro más antiguo data de la primera dinastía, 3000 a. C. El más largo es uno literario, que contiene breves poemas y cuentos, de la XIX dinastía, de Ramsés II, de 143,5 × 20,3 cm, escrito en hierático por las dos caras a ocho columnas. Los de la necrópolis de Abusir son

un conjunto de papiros muy numeroso e importante, aunque muy fragmentados y dispersos, que datan de la V dinastía y contienen notas administrativas sobre el mantenimiento de la propia necrópolis.



Papiro de Abusir (The British Museum).

Muy curioso es el llamado Papiro dramático del Ramesseum, de la XII dinastía, de contenido médico, que ilustra el texto en columnas con una serie de escenas que vienen a representar una ceremonia ritual en honor del emperador Sesostri I (1971 a. C.). El llamado Libro de los muertos es un texto funerario que ha sobrevivido en diversas copias y fragmentos, de comienzos del Imperio Nuevo, h. 1550 a. C. Contenía rezos y oraciones para ayudar al difunto a presentarse ante el juicio de Osiris. Muchas familias acomodadas, que podían costearse una tumba digna, encargaban su propia copia para que acompañara al difunto en su tumba, pues creían que con sus oraciones ayudarían al alma en su viaje y a lograr su sitio en el más allá. La versión más amplia y lujosa la ofrece el Papiro de Ani, de la XVIII dinastía, h. 1300 a. C. Su texto es también el más completo y con mayor profusión de ricas y artísticas ilustraciones, lo que indica seguramente la alta categoría social de su poseedor.



Papiro de Ani (*Libro de los muertos*), 1300 a. C. (The British Museum).

El escriba, que dominaba la lectura y la escritura, era quien copiaba los textos en el papiro. Gozaba de una alta consideración y pertenecía muchas veces a la condición real o sacerdotal. Los escribas, que solían firmar con sus nombres los trabajos realizados, escribían con pinceles hechos de tallos de junco, que sólo más tarde, hacia el s. iii, serían sustituidos por el cálamo de punta dura, utilizando dos tintas, como dijimos, negra y roja.

Tenía la categoría de alto funcionario y era oficio de gran prestigio social. Pertenecía a una casta especial, acudía al centro que se llamaba *Casa de la vida* y se formaba durante varios años en conocimientos de gramática y textos clásicos, derecho, geografía o contabilidad, y en el aprendizaje de la escritura jeroglífica y su modalidad hierática como escritura rápida e instrumental. Los estudiantes, dado el alto coste del papiro, se ejercitaban escribiendo sobre fragmentos de piedra caliza preparada, que conocemos con el nombre de *ostraca* y de los que se ha conservado un buen número, con apuntes, notas y frases breves y sentenciosas.

Sobre la alta estima en que los egipcios tenían la profesión de escriba, es muy ilustrativo el texto conocido como *Libro de los oficios* o las *Enseñanzas de Heti*. Es un texto del que hubo muchas copias, que se usaba como lectura en las escuelas y en el que se trataba de estimular al estudiante describiéndole las miserias de otros oficios y, por contraste,

haciéndole ver las excelencias del escriba, dueño de su trabajo, estimado por los demás y favorecido siempre por los dioses:

Mira, no hay una profesión que esté libre de director, excepto el escriba. Él es el jefe. Si conoces la escritura, te irá mejor que en las profesiones que te he presentado (...). Mira, te he colocado en el camino del dios. La Rennehet del escriba está en sus hombros ya el día de su nacimiento. Llegará a la Sala del Consejo como uno ante quien los dioses se inclinan. Mira, no hay escriba que carezca de comida y de bienes de palacio. Meshkenet es asignada al escriba; ella lo promociona en el consejo. Ruega a dios por tu padre y tu madre, que te han colocado en el camino de la vida. (J. M. Gamero Delgado, *Textos para la Historia Antigua de Egipto*, 1993)



Papiro Ebers en escritura hierática.



Ostraca egipcia.



Escriba sentado (Museo del Louvre).